

LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA DEL MUNDO ÁRABE: TEORÍA Y EVIDENCIA*

Álvaro Espina

Director de *Cuadernos de Documentación: Política Económica* (MEH)

Profesor asociado de Sociología (UCM)

La sociología de la revolución puede ayudarnos a interpretar lo que está ocurriendo en el mundo árabe. Un breve recorrido por las “cuatro generaciones de teorías de la revolución”¹, superponiéndolas al nuevo paradigma actualmente vigente, permite emplear cada una de las oleadas teóricas para analizar un aspecto concreto del proceso revolucionario: las etapas del mismo; la probabilidad de emergencia de situaciones revolucionarias cuando fracasa la modernización; el impacto de las condiciones estructurales sobre la probabilidad de su aparición; la interconexión entre las nuevas definiciones identitarias que emergen en los países afectados y las reacciones etnocentristas en los países más avanzados, y, finalmente, los resultados de la revolución, en la medida en que pueden anticiparse, junto a las condiciones para facilitarlos.

En lo que se refiere a las condiciones estructurales, con anterioridad al estallido de la revolución en el mundo árabe las ciencias sociales ya habían establecido la existencia de una elevada probabilidad de que apareciera violencia política en las disputas por el cambio de régimen (debido a la elevada inamovilidad de la riqueza y a la concentración extrema del poder de disposición sobre la misma). El cambio se habría visto facilitado en países, como Túnez y Egipto, con menor peso de la economía del petróleo y pautas intermedias de distribución de la renta. Una vez producido el cambio, resultaría previsible, según los estudios previos, que el considerable grado de igualdad en los ingresos tendiese a favorecer la consolidación de la democracia, aunque esto solo se

* “Síntesis del *Cuaderno de Documentación* n° 94 (julio 2011)”.

¹ Que sintetice en: “Hacia una sociología evolucionista de la revolución”, REIS, n° 110, abril-junio, 2005, pp. 9-52, disponible en: http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_110_031168261325857.pdf.

produciría si existiese crecimiento económico, impulsado, a su vez, por el bajo nivel de desigualdad (en términos relativos). Finalmente, de consolidarse los procesos de transición en estos países, empíricamente el Islam dejaría de funcionar como un factor de inhibición de la democracia, equiparándose a las otras religiones (aunque en algunos países, el grado de fraccionamiento religioso reduciría levemente la probabilidad de democracia).

Además, todos los indicadores de desarrollo, pobreza y desigualdad (excepto los relativos a la mujer) sitúan al grupo de países árabes en una posición próxima ya a la zona intermedia de los países de renta media-baja, que es la zona en la que se maximiza la probabilidad del tránsito a la democracia —o sea, la desaparición de las dictaduras—, y se minimiza la de aparición de las dictaduras, ya que desarrollo y desigualdad mantienen una relación con las democracias y las dictaduras en forma de U invertida y de U, respectivamente.

Dado que los movimientos revolucionarios constituyen la manifestación de la acción social por excelencia, la revolución es un momento histórico contingente, que no admite ninguna clase de determinismos ni automatismos: la relación entre todas aquellas variables y el desencadenamiento del proceso revolucionario tiene múltiples mediaciones. De ahí que, las condiciones estructurales relacionadas con el crecimiento económico, la modernización y la distribución de la renta y la riqueza no hayan producido generalmente su impacto sobre la propensión hacia la transición democrática y hacia la eliminación de las dictaduras de manera individual para cada país, sino por grupos de países.

Los procesos revolucionarios se ven impulsados por el efecto mancha de aceite de la democracia, que prende con mayor probabilidad cuando se producen simultáneamente en zonas geográficas con señas de identidad culturalmente afines, que refuerzan el efecto de difusión de este tipo de comportamientos colectivos, de acuerdo con las tres condiciones básicas para el estallido de los mismos, identificadas por Neil Smelser: la existencia de una cierta “Conductividad estructural”; su soporte en “creencias generalizadas”, y una “red social susceptible de movilización”. Estos tres requisitos se maximizan cuando

existen rasgos de identidad compartida con un fuerte contenido axial, que refuerza el carácter categórico del mandato a participar en la tarea colectiva, evitando comportamientos *free-rider* (mandato equivalente a la conciencia de clase en la lógica de la revolución marxista).

El grupo de países árabes de religión islámica del norte de África y Medio Oriente comparte esas características con carácter bastante homogéneo, lo que proporciona el vehículo ideal para transmitir aquellos impulsos hacia la acción colectiva —caracterizada ahora por Tahar Ben Jelloun como una “rebelión contra el padre”²—, una vez superado el umbral mínimo de disponibilidades materiales y de seguridad a partir del cual aumenta la probabilidad de emergencia de una aspiración generalizada hacia formas de vida con mayor plenitud de desarrollo humano (a las que Ronald Inglehart se refiere como el avance de los valores autoexpresivos). El hecho de que el mundo islámico haya experimentado con cierto retraso la aparición de estos procesos (con respecto a su nivel de desarrollo)³ se debe probablemente al grado de sometimiento de la mujer que experimentan estas sociedades, ya que la formación de preferencias de valores relacionados con la igualdad de género se encuentra indisolublemente ligada al nivel de democracia.

Además, los procesos revolucionarios se ven facilitados por las nuevas herramientas de interacción social. La contribución de la televisión por satélite y la aparición de la cadena Al-Jazeera a la formación de una esfera pública cuasi-liberal —susceptible de estimular la orientación de la opinión pública hacia la demanda de democracia en Egipto—, no habían logrado modificar la pasividad y la alienación que seguían demostrando hace tres años los indicadores de opinión. La causa de este fracaso se sitúa en la nula participación que esa nueva esfera pública suscitaba en el público. La interactividad proporcionada por la multiplicidad de redes sociales, que han proliferado desde entonces, ha venido a

² Véase Tahar Ben Jelloun, “El viento de la ‘primavera árabe’”, 13/06/2011, disponible en: http://www.elpais.com/articulo/opinion/viento/primavera/arabe/elpepiopi/20110613elpepiopi_12/Tes.

³ Véase Mapa cultural extraído por Ronald Inglehart y Chris Welzel de la “Encuesta mundial de valores”, disponible en: http://www.worldvaluessurvey.org/wvs/articles/folder_published/article_base_54.

ser el complemento imprescindible para la movilización social, hasta el punto de que se ha llegado a decir que la contrapartida de la sociedad-red es un tipo de revolución democrática distinto del convencional: la “revolución-red”.

La cuestión crucial para estos países en su búsqueda de las libertades consiste en aprovechar esta ventana proporcionada por la historia: en los años noventa, la explosión de rabia ciega e incontenible de los árabes islamistas proporcionó a los grupos etnocentristas occidentales la coartada para situar a ese mundo en el lugar que antes había ocupado el bloque soviético, definiendo un nuevo “eje del mal”. No tardó en aparecer un racimo de aspirantes a dictadores que ofrecieron a los países occidentales caución frente al islamismo y regímenes que actuaran como baluarte contra el terrorismo (dentro del “régimen de choque entre civilizaciones”), lo que no dejó de retroalimentar espirales de enfrentamiento, mientras se mantenía viva la llama ardiente de la herida palestina, que distanciaba a los dos mundos desde los años cincuenta.

La “guerra contra el terror” desatada a comienzos de siglo ratificó y congeló todo ese panorama, hasta el punto de que casi puede hablarse de una segunda guerra fría (denominada “régimen de choque”) contra el islamismo radical, que de una u otra forma y con intensidad desigual actuaba en toda la zona MENA y hasta Somalia y Sudán, extendiéndose por Asia hasta Pakistán. Este nuevo clima internacional, proporcionó nuevos recursos de poder a los dictadores, que les permitieron “atrincherarse” en sus puestos, a medida que el transcurso del tiempo aparentaba alejar cualquier amenaza contra sus regímenes, mostrándose cada vez más confiados en la estabilidad y más descarados en la corrupción de los dirigentes y en su distanciamiento respecto a las preocupaciones de sus pueblos.

A ello se unía la falta de atención hacia una variable muy difícilmente observable, cual es el grado de homogeneidad del colectivo militar y de sus cuadros dirigentes, y la probabilidad de que, en la eventualidad de una insurrección interior, mostrasen lealtad suficiente hacia sus líderes como para

elevantar el nivel de represión contra sus propios pueblos exponencialmente hasta donde fuera necesario.

Hay que tener en cuenta que la estrategia de tapadera de la olla a presión en toda esa zona resultaba crecientemente costosa e inestable, a medida que la región se iba distanciando de la senda global de ampliación de las libertades, manteniéndose como el único espacio del mundo en que la autocracia es la norma. A la larga, esto resultaba insostenible frente a la opinión pública democrática de EEUU y la UE, castigadas, a su vez, por la austeridad en sus propios presupuestos, tras la llegada de la crisis y la consiguiente presión generalizada sobre los recursos públicos.

El discurso pronunciado por el Presidente Barack Hussein Obama en la universidad de El Cairo el 4 de junio de 2009⁴ fue calificado, con razón, como el más arriesgado de su presidencia y puede equipararse, en términos de cancelación del “régimen de choque entre civilizaciones” y de los estereotipos de que se nutrió, con el pronunciado por Gorbachev el 6 de julio de 1989 ante el Consejo de Europa hablando de la “casa común europea”, que dio por clausurada la guerra fría. Así lo interpretó incluso Paul D. Wolfowitz, quien fuera el principal ejecutor de la política de enfrentamiento previo.

Aunque el giro más espectacular para concretar la nueva política hacia Palestina e Israel no se materializaría públicamente hasta después de la caída de Bin Laden, la percepción de que la administración demócrata apostaba por una estrategia que pasaba por unos países musulmanes (árabes o no) con sistemas políticos autosostenibles era bien clara. Y en nuestro tiempo la condición necesaria (aunque no suficiente) para que pueda hablarse de sistemas autosostenibles consiste en que los países cuenten con regímenes políticos democráticos (que son mucho más resistentes a las revoluciones que cualquier otro régimen).

Desde el momento mismo en que desapareció la caución otorgada por EEUU a los dictadores de la región MENA, sus pueblos se levantaron con una

⁴ Disponible en: <http://www.nytimes.com/2009/06/04/us/politics/04obama.text.html>.

radicalidad (y, al mismo tiempo, con un grado de sensatez) que había permanecido largo tiempo inobservada, y con una perseverancia que se veía agudizada por la frustración de expectativas derivada de la crisis (después de una larga etapa de avances económicos, modestos pero sostenidos en el tiempo). Puede decirse que el segmento cosmopolita de los países occidentales ha redescubierto así a los pueblos árabes.

Paradójicamente, la primera reacción detectada a ambos lados del espacio trasatlántico (con la mayoría republicana en EEUU ensimismada en su narcisismo etnocentrista, y con la agudización del extremismo nacional-populista en Europa) no es el caldo de cultivo más propicio para que germine una política de cooperación tan amplia y altruista como sería necesaria. De triunfar esta tendencia hacia la introversión, occidente perdería una oportunidad única para reencontrarse con el mundo árabe (y Europa, para reencontrarse consigo misma, en su calidad de sociedad postradicional, cosmopolita e ilustrada). Además, la sensibilidad geoestratégica y los intereses políticos dividen en cierto modo a la UE entre las preferencias de los países centro-orientales y las de los países mediterráneos.

En el contexto etnocentrista, una pregunta latente en todo occidente se refiere al riesgo de que la revolución árabe pueda derivar hacia el modelo de la revolución iraní, sobre todo si las dificultades del proceso favorecen la pretensión que muestran los núcleos islamistas radicales de reconducir el impulso de las masas menos culturizadas hacia el ensueño de la revolución fundamentalista. Sin embargo, nada de lo observado hasta ahora avala la existencia de ese riesgo: la experiencia iraní ya no resulta atractiva para los trabajadores egipcios, hastiados de la impostura de la Federación oficial de sindicatos que mantenía la ficción de paz social y participación (como sucedió en España). Pero para quienes tal pretensión resulta completamente inadmisibles es para las masas de jóvenes expuestos a la influencia de la cultura cosmopolita secular, radicalmente incompatible con la estructura de poder de la revolución iraní —en donde proliferan figuras sobrenaturales, exorcistas y adivinos, como vehículo de

articulación metafísica en las relaciones entre el líder supremo y el poder ejecutivo—: el mismo tremendismo de las prácticas observadas en esa revolución (que sigue siendo predicada por los extremistas salafistas) viene operando entre los jóvenes árabes como una distopía, expresando con total precisión el lugar al que no desean ir.

Sin embargo, todo proceso revolucionario es parcialmente destructivo y, por muy bien orientado que se encuentre, no es capaz de ofrecer resultados inmediatos. Antes al contrario, la relación entre avances democráticos y resultados eficientes tiene forma de J inclinada: primero se deteriora, y solo más adelante se recupera y comienza a producir rendimiento económico y mayor bienestar y paz para el sistema de relaciones internacionales. El problema se agudiza porque la mayoría de los países de la región se encontraban ya en 2010 en el tercio superior (en razón del nivel de riesgo) del “índice de estados fallidos” que elabora el Fondo para la Paz⁵. De ahí que la cooperación internacional (y especialmente europea) para facilitar el proceso (no para tratar de dirigirlo, usurpando el papel de los verdaderos protagonistas) deba considerarse como una inversión a medio y largo plazo, sin que quepa fijar objetivos a corto plazo ni esperar resultados inmediatos.

El momento presente ofrece una excelente ventana de oportunidad para dar un nuevo impulso al progreso global, recuperando para el *mare nostrum* la condición de espacio privilegiado para el progreso de la civilización que ya tuviera durante la mayor parte de la historia, desde la edad clásica. España debería jugar en esta encrucijada un papel destacado porque es la principal interesada, tanto en términos históricos y culturales, como geo-políticos y para las perspectivas de su propio futuro económico.

El desplazamiento del centro de gravedad de los procesos de avance democrático desde la Europa centro-oriental hacia el sur del Mediterráneo podría tener, además, importantes ventajas económicas para la UE, y especialmente para los países ribereños: por ejemplo, la inversión masiva en redes de transporte y

⁵ El FSI 2011 (medido en 2010) está disponible en: <http://www.fundforpeace.org/global/?q=fsi-grid2011>.

comunicación entre ambas orillas, o en energía solar en el espacio del Sahara, además de los efectos económicos indirectos sobre los países vecinos derivados del largo proceso de convergencia económica previsible entre la región MENA y Europa: ¿Convendría crear ahora una institución similar al BERD —instrumento financiero internacional ideado para apoyar la transición de los países del este —, o bastaría ampliar el ya existente, aprovechando su experiencia y capacidades y lanzando programas de inversión específicos para la región (como solicitó el G8 al anunciar el “partenariado de Deauville”)? De ser así, su dimensión final tendría que ser equivalente a la del plan Marshall. En todo caso, las necesidades de apoyo para la “reinversión” democrática de la región no se limitan a la inversión. Será preciso también ampliar la ayuda y la cooperación.

La Unión Europea (o un grupo de países especialmente interesados) debería crear una instancia de coordinación —a través de una iniciativa de cooperación reforzada, prevista en el Tratado—, para articular y aplicar una estrategia conjunta de apoyo económico a la transición democrática en la orilla sur del Mediterráneo, capaz de contemplar el conjunto de necesidades, ayudas y recursos disponibles de forma integrada (abierta a la inclusión de proyectos de asociación público-privada, así como a las iniciativas de cooperación de los países individuales).

Por lo que se refiere a España, sería conveniente adoptar un plan integrado de actuación denominado tentativamente “Iniciativa española de apoyo a la democracia en el mundo árabe”, que incluya y visualice todas las actuaciones dirigidas a este fin desde un buen número de políticas públicas, incluyendo ya en el Presupuesto para 2012 un nuevo programa plurianual de actuación que sirva para reorientar el mayor volumen posible de recursos públicos (desde los presupuestos de los diferentes departamentos y organismos) susceptibles de verse afectados por esta nueva prioridad, rediseñando las correspondientes políticas de cooperación, habida cuenta de la restricción presupuestaria actual.

Madrid, 22 de julio de 2011